

Mientras dejaba caer la ceniza del cigarro al suelo, Carmen pensó que no había nada más reconfortante que la venganza. Que aquellos que alguna vez te hirieron besasen tus pies, era el cielo para ella. Bendita sea la sumisión.

A Carmen le gustaba ver como el que en el pasado fue su amante se retorció entre cadenas de dolor. Se había encargado de que cada una de ellas estuviese meticulosamente atada, queriendo provocarle el máximo sufrimiento posible. Carmen sabía que por mucho que dichas cadenas apretasen la carne, nada dolía más que aquellas que a ella le torturaban la psique.

Se levantó de la silla y se acercó a la figura de su víctima. Le rozó la barbilla con aires de superioridad, de cuclillas sobre sus tacones. Se había vestido para la ocasión.

- ¿Qué piensas hacer, mi vida?- su tono era más provocador de lo normal, rozando el erotismo.

Carmen pensó en lo que él había sido para ella (un tormento) y no dudó en seguir su plan establecido. Su dolor le había hecho rozar la locura.

Siguió fumando tranquilamente, de nuevo sentada, con el sonido de los lamentos de a quien una vez amó (o seguía amando, quién sabe). Nunca había sentido una paz tan inmensa.

Cuando por fin exhaló la última calada, tiró la colilla sin apagar a un lado de la habitación. Automáticamente todo ardió en llamas.

- Intentaste matarme, y lo conseguiste. Mi venganza termina tu trabajo inacabado, amor.